

CAPITULO IV.

COINCIDENCIAS.

Antes de llegar Julio á la casa de Clementina, tuvo un encuentro de esos que se llaman casuales y que otros atribuyen á la fatalidad.

Habia acabado de recibir el grado de bachiller en filosofía, y saliendo del instituto atravesó la puerta de Ferrisa, formada por el palacio de los condes de Altamira, que hoy ha desaparecido á impulsos de las reformas con que el hombre se envanece destruyendo y creando.

Al llegar á aquel punto encontró á un amigo de la infancia, mediando entre los dos las frases de cariño que se pronuncian al abrazar á un amigo ausente.

Sorprendióse Julio cuando oyó á su amigo, despues de referir los azares de la vida del mar, las siguientes palabras:

—Pues bien; yo vengo dispuesto á abandonar las brisas, á no escuchar mas el grito de izar banderas y virar en redondo, tengo en tierra un ángel del cielo, y probablemente me uniré para siempre con el ángel.

—Por eso eres dichoso; tus esperanzas no las desvaneca un misterio impenetrable, dijo Julio, quedando con la frente inclinada hácia el suelo.

—Mi tío don Romualdo y su esposa están decididos á que me case con Clementina.

Julio, al oír estas palabras, murmuró con melancólico acento:

—¡Con Clementina!

—Sí, respondió Carlos, pues no era otro el amigo á quien encontró Julio.

Despidiéronse con las mayores muestras de cariño. Julio anduvo algunos pasos con una palidez mortal que revelaba el estado de su corazón.

—Se casará con él, decía para sí, se casará con él... ¡Y haber yo desgarrado el corazón de mi infeliz Rosalía!... Ella no puede consentir... Pero uniéndome á Clementina ¿qué será de la voluntad de mi madre? ¿Qué son sus palabras pronunciadas al morir y que oigo distintamente todavía? ¡Ah! ¡Sí, sí! ¡Que se case, que sea feliz! Yo procuraré la ventura de la pobre mártir que se sacrifica por mí, y habré alcanzado la bendición del cielo.

Fué á su casa, entró en la habitación, encerróse, y á los pocos instantes salió, dejando absorta y confusa á la pobre Rosalía.

Dirigióse á la casa de Clementina, en donde esperó, como antes he dicho.

Aquel ángel de candor despues de la entrevista con su madre, salió muy tranquila y satisfecha, y buscó una sonrisa en los lábios de Julio que respondiese á la felicidad que en los de ella se dejaba ver; queria una mirada que despidiese rayos de ventura y de amor.

Ignoraba la inocente criatura los misterios de la sombría palidez de Julio.

Ella estaba de enhorabuena, porque él debía estarlo también, habiendo obtenido el grado con brillantez, y además, por la escena anterior con su madre.

—Julio, ¿qué tienes? ¿No me ves alegre? exclamó la pobre niña con los ojos humedecidos por las lágrimas del placer.

Aquellas palabras herian el corazón de Julio, que las había oído también á Rosalía.

—Mira, esta mañana me ha dicho mamá que...

No pudo continuar Clementina por un suspiro de placer que se escapó de su pecho y la interrumpió.

—Clementina, exclamó admirado Julio, sí.

—Mamá me ha dicho que podemos ser felices; aquellos temores que le asaltaban por las apariencias de una posición social eran infundadas; mamá te quiere como á un hijo, papá no te quiere menos, y ambos han recibido satisfechos la revelación de nuestros amores.

Julio tuvo que fingir que se alegraba, aunque el pesar lo atormentaba, y preguntóle:

—¿Y Carlos?

—Yo no puedo pertenecer á quien no amo como debe amar una esposa.

Julio apartó la vista porque no se encontrasen sus miradas con las de su amante.

—¡Dios mío! exclamó ella al fijar su vista en el semblante de Julio; no me miras..... recibes con inexplicable afectación esta noticia.

—Te amo, Clementina, te amo, dijo con acento indefinible Julio, acercando á sus lábios las manos de la cándida niña.

Levantóse al punto, dejó en su falda una carta y se alejó precipitadamente.

La infeliz quedó exánime mirando á María y asombrada con lo acontecido. Casi no podía respirar. Sus manos temblaban al tomar aquel papel.

Salió al balcón en el estado de tristeza mas desconsoladora.

—Ni una mirada, María, ni una mirada.

Cubrió el cándido rostro con el pañuelo, volvió á mirar. Julio estaba en la esquina saludando quizás por última vez á Clementina, que dejó caer la cabeza en el seno de María, que se hallaba en extremo conmovida.

—Por Dios, señora, serénese usted, exclamó aquella.

—¡Ay, no digas nada á mamá; pobre mamá mia, si ella lo supiera!

Dofia Adriana estaba en una habitacion contigua, pero nada oia desde allí.

—¿Qué será, María?..... ¿Qué será?..... preguntaba sin cesar Clementina; no tengo fuerzas para leer la carta, no tengo fuerzas, María.....

—Señorita, despues la leeremos, ánimo.

—Tan feliz esta mañana y ahora.....

Cayó sobre un sillón la angelical criatura.

Su primo Cárlos entraba en aquel instante en la sala.

CAPITULO V.

LA ABNEGACION DE UN ANGEL.

Resalia comprendió cuanto pasaba á su alrededor; vió distintamente la causa de todo, buscaba con afán los remedios de hacer venturosos á los que pudieran serlo con su sacrificio.

La desgraciada criatura apeló al mas penoso de los recursos. Llamó á su padre adoptivo una mañana, y con la expresion mas tierna, cogiendo una de las manos de Pascual entre las suyas, le dijo.

—Padre mio, yo he llegado á comprender que soy un obstáculo para la felicidad de dos seres que se aman desde niños con el amor de los ángeles. He adivinado el triste motivo que impide la realizacion de sus ilusiones..... ¡Ay! ¡Y es tan triste verlas desvanecidas! Lo he adivinado porque há tiempo me lo dice mi conciencia. La voluntad, el deseo de la madre..... todo su afán no puede cumplirse, y ella misma si estuviera entre nosotros, se negaria á verlo satisfecho en pago de la ventura de dos familias.

A las preguntas de Pascual acerca de aquellas misteriosas frases, respondió ella con las siguientes desgarradoras palabras que encerraban todo un mundo de amarguras:

—Yo no amo ni puedo amar á Julio mas que como á un hermano.

Pascual quedó combatido por una profunda pena.

Rosalía, poniéndose la mantilla, se encaminó hácia la casa de Clementina. ¡Qué hermosa estaba con el traje negro; porque es tan hermosa la virtud en donde quiera que se halla! Al pasar por delante de la puerta falsa de Santa María, dió limosna á una desgraciada madre que tenia dos niños en brazos. La madre besó las manos de Rosalía y dijo á los niños:

Hijos míos: rezad una oracion por la felicidad de esa alma caritativa y porque Dios le dé su santa gracia.

Los niños rezaron el Ave-María con el acento purísimo de los ángeles, que se confundia con la campana de la iglesia que tocaba á la oracion de la tarde.

Entre tanto, Cárlos sentia una de esas pruebas á que está sujeto el corazon humano.

Contempló largo rato á su prima y advirtió en ella las señales del dolor. Hallábase de pié junto á la silla en que estaba Clementina, y el silencio fué por él interrumpido para preguntar la causa. Pocas palabras de esta bastaron para que comprendiese su primo cuanto pasaba.

—Ya sabia yo que no me amaba, exclamó con dolorosa sonrisa.

Clementina le refirió la triste historia de sus amores y dió á leer á Cárlos la carta. Al llegar á la firma palideció. Julio, su amigo de la infancia, era el que habia escrito aquellas líneas. Julio, el que tan amado era de su prima y que ahora hablaba de un *obstáculo* invencible que le obligaba á huir

para siempre del lado de la mujer á quien habia jurado amor eterno.

—¿Quieres que le busque, dijo, para que me diga esa causa que viene á hacerte derramar tantas lágrimas?

¡Cuánta nobleza! ¡Cuánta virtud en todos! ¡Qué abnegacion!

Habrá quien dude de la verdad de estos caracteres; no refiero yo esta historia á quien pueda dudar de la bondad del corazon humano. Para los incrédulos, para los que duden de que el bien existe en la tierra, no se escriben estas líneas.

Rosalía llegó á los pocos instantes; paróse en el dintel y de repente se arrojó en brazos de su amiga.

Las dos lloraron, y tal vez por la misma causa. Cárlos dejó solas á las dos, pues comprendia la necesidad que sentian de esparcir sus almas.

Rosalía no se atrevia á preguntar á su amiga por qué lloraba, y ésta permanecia en silencio dirigiéndola miradas cariñosas.

Ella, satisfecha en los brazos de la amante de Julio, sintió una emocion inexplicable al considerar que iba tal vez á devolver la tranquilidad á su espíritu con sus palabras, con su propio dolor. ¡Qué dulce era la expresion de sus negros ojos, y cuán puro el aliento vivificador y suave que de sus lábios exhalaba!

La débil luz de un quinqué reflejaba sus pálidos rayos en los semblantes de aquellas dos mujeres.

El tierno diálogo entablado entre aquellas dos criaturas celestiales, no seria fácil darlo á conocer con toda su bella realidad.

—Pues bien, consuelo mio, dijo Rosalía continuando la explicacion que motivaba aquella visita; mi madre adoptiva

creyó ver realizados sus ensueños de felicidad, porque imaginó que yo amaba á Julio mas que á un hermano y que él correspondia á esta pasion. ¡Cómo se engañaba! Yo te confieso mi amor de hermana hácia él y te juro que él por su parte no ha experimentado otro sentimiento. Sin embargo, la madre, antes de morir, dejó una carta escrita para Julio, y en ella, no lo dudes, le encargaba que hiciese mi felicidad, una felicidad que no podia ser otra, puesto que le amaba tanto, que nuestro enlace. Yo vengo á calmar tu angustia, vengo á decirte que lo que aparecia como obstáculo para vuestra dicha se ha desvanecido ya. Que no amándole yo sino como hermano, no puede cumplirse el deseo de la pobre que esté en gloria, deseo que se fundaba en su creencia solamente.

La infeliz pronunció estas palabras con desconsoladora amargura.

Pretendia ahogar en su alma los suspiros, para que no fuesen á alterar la tranquilidad del corazon enamorado de su amiga.

Esta entrevió la verdad envuelta en aquella misteriosa consagracion de todas las ilusiones, en aras de una amistad pura y eterna, y cayó de rodillas á los piés de Rosalía.

Rosalía no dejó que permaneciera ni un momento arrodillada su amiga, y tendiéndola los brazos por el cuello despues de mirarla fijamente, exhaló un suspiro que fué á confundirse con el aliento de ésta.

Los ángeles que velan por las criaturas virtuosas, recojan aquellos suspiros en cambio de los destellos celestiales con que el Señor las ilumina y que aparecen radiantes en sus ojos.

Las dos preferian el infortunio á la felicidad.

.....

No pasaron muchos dias cuando don Romualdo de Torres y su esposa se encaminaban á la caída del sol por la calle Mayor arriba, en direccion al arrabal. La ligereza de su paso hacia sospechar que algun asunto grave y de gran interes los guiaba.

Veámoslo.

Entraron en la casita de Pascual el Calafate.

No faltaron algunas comadres de la vecindad que contaron el hecho á sus maridos no bien llegaron de á bordo.

Pascual se hallaba en cama hacia algunos dias, y el médico ponía en duda su existencia. Rosalía oraba de continuo ante la imágen de la Santísima Faz. El mas leve movimiento del enfermo llamaba su atencion. Julio no se apartaba un momento de la cabecera de la cama.

La escena que presenciaron los padres de Clementina en la alcoba de Pascual era conmovedora.

Rosalía pugnaba por entrar, y don Romualdo y doña Adriana no se lo permitian. Sospechó la infeliz la causa y exclamó:

—Ya he perdido á mi padre. Ya estoy sola en el mundo.

A los cortos instantes oyóse una voz áspera y apagada en la alcoba, que pronunciaba estas palabras:

—«Don Romualdo, á usted encargo esa pobre huérfana... Julio... ya sabes lo que has de hacer... voy á... ver á mi... esposa... ¡Dios mío!»...

Un gemido sordo puso termino á la agonía del infeliz Pascual.

Pasaron algunos dias y la casita permaneció cerrada excitando la curiosidad de los vecinos, que se preguntaban sorprendidos: ¿Y el hijo? ¿Y la chica?

Lo que pude averiguar fué lo siguiente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO VI.

LOS MISTERIOS DE UNA CUEVA.

La familia de Clementina había salido para Barcelona, llevando á la huérfana bajo su amparo, y el mismo día en que esto sucedió, Julio, con el mayor abatimiento, se despedía de todos y emprendía camino distinto.

Cárlos le estrechaba entre sus brazos en el muelle de Alicante, y ambos miraban hácia el mar, fijando su vista en una hermosa fragata que se mecía lentamente sobre las aguas.

Dicen que la tristeza que revelaban sus miradas era tal, que llamaba la atención de los que observaban cuidadosamente los detalles. En la cubierta de la fragata veíanse dos mujeres con los brazos entrelazados por el cuello y agitando sus pañuelos. Rosalía y Clementina pronunciaban un adiós imperceptible, ahogado, hijo del sentimiento mas profundo.

El sol se escondía tras las montañas; la luz iba siendo mas débil, y el buque iba desapareciendo como la esperanza de los que se despedían aquella tarde.

—El sol volverá á salir mañana, decía Julio profundamente conmovido; pero nuestras ilusiones no volverán..... no volverán!

Julio había dejado á Rosalía toda la herencia que á él le correspondía de sus padres, además de lo que á ella le habían dejado.

Cárlos volvió á la azarosa vida del mar, queriendo que la imponente magestad de las olas borrara los recuerdos de la tempestad que había dejado su angustiado corazón yermo y frío.

¿Qué fué de Rosalía?.... ¿Cuál fué el desenlace de este drama de la vida?

Para saberlo trasladáos conmigo á una casa de campo próxima á Barcelona.

Blanca como paloma que descansa al pié de un montecillo, tenía todos los detalles que pudieran darle la poesía y las galas de la naturaleza.

Era un verdadero paraíso aquel paisaje; parecía que las aves se disputaban la armonía de sus trinos al nacer el día, y que el mismo Dios había querido desplegar la idea de la belleza con el contraste del azul de los cielos y de las olas y el verde follaje de la arboleda. ¡Qué aroma tan puro el de las florecillas silvestres y el de las acacias y jazmines del jardín que rodeaba la casa! Parecía que el alma se dilataba al aspirar aquel ambiente embalsamado.

En aquella casa vive una familia riquísima que va, según dicen los labradores que ocupan la parte baja, á mudar de aires.

Eran de distinto sexo aquellos dos personajes.

Tecla es una de esas mujeres de peso que han nacido, como ella decía, para la cocina, de cuyas hornillas era inseparable

apéndice, como tampoco abandonaba la eterna calceta, objeto de su trabajo, para el cual era un inconveniente el gato más socarrón que ha nacido de los descendientes de Misifuf. Sabía cuánto le quería su ama, y hacia su gatuna voluntad el pícaro Morroño.

Tecla se levantaba antes que el sol, y su primer cuidado era saber cómo había pasado la noche la señorita.

La papalina blanca bordada, con anchas blondas, y el pañuelo de estambre con grandes ramos en los picos, constituían las prendas principales del traje de invierno.

Su marido era otra alma bendita. Labrar las tierras, so correr á los pobres y cuidar á la señorita era la ocupación de los dos. Uno de los días en que Miguel, que este era el nombre del labriego, entraba en casa con el objeto de despachar de un vuelo la comida que le esperaba y la catalana llena de vino que le aguardaba también para entregarle su contenido por el encorvado pico, preguntó á su mujer:

—¿Qué ha dicho el médico?

El silencio de Tecla conmovió á Miguel, cuyo apetito no fué como el de otros días, y no se atrevió á tocar siquiera la botella.

—Hace dos meses, dijo ella, que han venido los señores, á quienes Dios bendiga, á pasar aquí el verano, entre los placeres de la vida del campo, y la señorita había mejorado mucho, como tú sabes; pero ahora, desde hace unos cuantos días..... Creo que ha de haber alguna historia muy triste en aquella alma.

Pasaban los minutos sin que Tecla ni Miguel se atrevieran á sentarse á la mesa. Mirábanse tristemente cuando oían arriba una tos seca y que parecía salir del pecho de un moribundo.

Aquel día no probaron un triste pedazo de pan.

En el balconcillo de la habitacion ocupada por los dueños de aquella casa de campo, hallábase un caballero apoyado en los hierros y mirando hácia la vereda que terminaba á la falda de un montecillo inmediato. Parecia que los padecimientos habian borrado las huellas de la satisfaccion en aquel semblante. Esperaba á alguno; su edad era ya avanzada. Esperaba con el interes de un padre que aguarda á su hijo y con la inquietud de quien teme que el aire envenene á la persona querida antes de llegar á verla.

¡Volvia Miguel de su trabajo con los mozos de labranza, enjugando el sudor de su frente, y entre éstos, con paso tardado, iba un infeliz anciano que no podia ya con la carga del azadon y de los demas instrumentos. Nadie podia reparar en su fatiga, porque iba él el último.

—¡Miguel, Miguel! decia en alta voz el caballero; ¿vienen ya? ¿Vienen ya?

—Sí, señor, respondió tristemente Miguel; allá junto á la fuente se han sentado, porque este calor no es natural, no señor.

Volvióse en esto Miguel, por si distinguia á las personas de quienes hablaba, y un grito ahogado llamó la atencion de todos.

Habia visto al anciano que llevaba la carga próximo á caer, y corrió dejando en el suelo la suya para socorrer al pobre viejo.

Todos rodearon á aquel hombre.

Tecla secaba sus ojos con el delantal.

Aquel viejo era un misterio; no tenia hijos ni nadie que le acompañase; vivia en una cueva del monte, y él solo, absolutamente solo, cuidaba del aseo de su extraña vivienda. Lla-

mábanle el tío Toni (abreviatura valenciana de Antonio). Habíanle ofrecido su habitacion Miguel y Tecla; pero rechazó cuantas veces oyó el ofrecimiento.

Encaminose el tío Toni á su cueva acompañado de Miguel.

Aquella tarde observó el tío Toni una cosa extraña. Encontró arreglados los pocos muebles de su morada, la cena ya preparada y algunas monedas sobre una silla sin respaldo.

Ya la luna pálida y magestuosa asomaba por la cumbre de una montaña á cuyos piés se deslizaban las olas, y la impaciencia del hombre que aguardaba concluyó porque sus ojos se fijasen en tres mujeres que se dirigian á la casa, ninguna de las cuales es desconocida para los lectores de esta narracion.

Oleentina era una de ellas; pero ¡cuán distinta! ¡Qué palidez, qué mirada tan opaca, qué aspereza en aquella epidermis! Flor marchitada por el vendabal de una pasion sin esperanza! Las hermosas trenzas de sus rubios cabellos sencillamente peinados, una bata del color de la nieve y aun menos blanca que su cuello, del cual pendia una crucecita de plata sujeta á una cinta negra como los tormentos de un alma sin ilusiones. ¡Qué conjunto tan triste y tan simpático!

La que la acompaña es Rosalía, en cuyo brazo se apoya aquella.

La niña enamorada, la morena de negros ojos, no parece la misma tampoco. ¡Qué cambio tan notable en las dos! De la alegría á la pena, de la vida á la muerte, de la ilusion al desengaño.

La extraordinaria viveza de los primeros años de su vida, se ha trocado en inaccion.

El hábito negro de Rosalía formaba tal contraste con los brillantes colores que la estacion daba al campo, al cielo, al

ñar y á todo, que los labradorea de aquellas cercanías la llamaban Virgen de los Dolores.

Doña Adriana, que era la que acompañaba á las jóvenes, habia envejecido mucho. ¿Qué madre no envejece cuando su hija va llegando poco á poco al término de la vida en la flor de sus años, cuando ve el consuelo de su alma desaparecer entre las sombras de la eternidad, sin esperanza de que la luz de sus ojos brille otra vez?

Entonces el cielo dará á la madre la luz de sus estrellas.

Doña Adriana y las jóvenes saludaron á don Romualdo y á Tecla, y se encaminaron hácia su casa.

¡Con qué inquietud miraban todos á la enferma cuando suspiraba, cuando tosía, cuando se agitaba un poco! Ella procuraba mostrarse fuerte y serena, como los días venturosos en que la felicidad la sonreía. Llegaron á la casa, y la primera pregunta que de costumbre dirigia Clementina á aquella María tan fiel y tan amante de su amor, era:

—¿Nada?

—¡Nada, señorita; como siempre! contestaba María con el mayor abatimiento.

Y Rosalía y la pobre enferma cruzaban una mirada con la expresion indefinible de la virtud y de la resignacion de aquellos corazones.

Cuando en la casa reinaba la tranquilidad mas completa, se oia tan solo la mayor parte de las noches la dulce voz de Rosalía que despertaba á su querida enferma para que tomase alguno de los medicamentos, ó con el objeto de disipar la pesadilla que aun entregada al sueño le ocasionaba la fiebre. Al despertar Clementina veia á su lado á la inocente criatura que tanto la idolatraba y á quien ella amaba tambien con frenesí.

—¡Recemos, hermana de mi alma, recemos al Señor, que su infinita bondad con una sola mirada hace reinar la calma en el espacio, en la tierra, en el mar; recemos, para que nos dé la tranquilidad de espíritu que nos falta!

Rosalía, con trémulo acento, contestaba:

—¡Sí, Clementina, sí... Recemos tambien por la salud...

El ángel de los sueños puros é inocentes tendia entonces sus blancas alas sobre aquellas dos cándidas criaturas, y con celestial suspiro cerraba sus párpados y calmaba su agitacion. Entrelazados mutuamente los brazos por el cuello y murmurando las últimas palabras de una oracion, quedaban las dos amigas entregadas al sueño, al sueño que Dios concede á los niños, porque está en ellos la candidez y la pureza del alma.

.....
Pasemos á otro cuadro distinto que se me narró despues del anterior.

Hallábanse reunidos los mozos mas apuestos y las muchachas mas preciosas del contorno, segun costumbre de los dias festivos, bajo el umbral de la casa del tío Miguel.

Reinaba el júbilo y la sencilla jovialidad campestre, cuando llegó el viejo labrador, á quien todos saludaron con exclamaciones de alegría, rodeándole, saltando á su lado los chiquillos y besando sus manos las doncellas. Formando de nuevo el círculo debajo del emparrado, con gran contentamiento de Tecla, permanecieron todos allí sentados y hubo baile y jolgorio. Se habló del tiempo, de la cosecha y del tío Toni, del anciano labriego que bajaba del nido en donde la naturaleza le cobijaba.

Salieron todos á recibir al anciano, pues uno de los caracteres distintivos de aquellas gentes, era el respeto á la ancianidad y la veneracion hácia las canas.

Apenas llegó el tío Toni, — cuéntenos usted algo, — decían las muchachas y Manolillo, el pastor más mimado y más querido por todos los vecinos de aquella casa y por todas las gentes de aquel contorno.

—Pues voy á contaros una historia, dijo el anciano con dulzura.

Cada cual aproximó su silla, y muchos abrieron la boca para oír mejor.

El pastorcillo sentóse en el suelo y al lado de tío Toni.

—Pues señor, os voy á contar un milagro que está pasando en mi casa.

Todos volvieron la cabeza hácia la cueva de la montaña.

—Yo, como todos sabeis, hijos míos, no tengo más amparo que la divina Providencia, que me va conservando las fuerzas para trabajar; yo mismo me cuido y me compongo en mi habitación. Pues habeis de saber que todas las noches encuentro en ella dinero, lo veo todo arregladito y limpio como un espejo..... Cada tarde encuentro algo nuevo.

—¿Y no tiene usted miedo? dijo el pastorcillo con curiosidad y asombro.

—Hijo mío, el que tiene la conciencia tranquila y pura como el azul del cielo que ves, no teme nada.

Al llegar á este punto aparecieron Clementina y Rosalía, que tomaron asiento entre todos, después de ser cariñosamente saludados por la reunión y de recibir infinidad de ramilletes de las muchachas del corro.

El pastor, que en medio de su natural sencillez, era ladino y dispuesto, parecía que recordaba algo, estuvo pensando largo rato, y sonrió pícarosamente. De pronto fijó la mirada en la de Rosalía y buscó también la de Clementina, por si descubría el misterio.

—¡Algun ángel! decían las madres con ternura acariciando á sus hijos.

Porque las madres enlazan siempre la idea de los ángeles con el amor á sus hijos.

Y es natural que así suceda; que el amor maternal es la virtud, el amor puro, el deseo de felicidad eterna, el aroma celestial que aspira el hijo en su corazón como depósito sagrado.

Manolillo el pastor exclamó saltando alegre y echando al aire el sombrero de paja:

—Ya sé lo que es, ya sé lo que es!

Tecla se levantó para coger á Manolillo y aquietarle un poco.

—Pues yo les diré á ustedes, añadió el pastorcillo; que la otra tarde cuando bajaba yo del monte con mis *brujas*, como llama la señora Tecla á mis ovejas, divisé á lo lejos dos bultos, y como el sol no quiso que yo llegase á saber nada, se me marchó por entre las montañas. Lo único que pude ver fué que una de las que se me figuraban sombras, iba con un vestido blanco y la otra con vestido negro.

Absorto estaba el tío Toni, como todos los concurrentes. Los chicos escondían la cabeza entre las faldas de sus madres, y de cuando en cuando miraban con espanto hácia el monte en donde Manolillo había visto aquellas sombras y se ocultaban de nuevo aterrados.

—Vamos, criatura habladora, dijo Tecla, que para eso de hablar no le iba en zaga; concluye pronto.

—Pues señor, inmediatamente veo que entran aquellas sombras en la cueva del tío Toni. Yo dije para mí: ¿Manolo, qué hacemos? Y temblaba, temblaba de miedo.... Sí, señores, de miedo. Mas ahí verán ustedes, la *saltarina*, que es

la preferida de la señora Clementina, y la cariñosa, que se muere por la señorita Rosalía, en cuatro brincos..... ¡zas! se me encabritan por los peñascos, y sin decir adios Nelillo, corren balando y triscando mas locas que no sé qué me diga. ¡Eh!..... ¡Eh!..... Venid acá, benditas..... Saco la honda para amedrentar á las pícaras, y pensando no mas en que podia matar á alguna, me hizo llorar, sí señor, me hizo llorar..... porque yo..... donde ustedes las ven, las quiero mas que á todas las cosas juntas.

Las dos ovejas habian ido á colocarse á los piés de Clementina y á los de la hermana de su corazon. Las dos jóvenes se miraban imaginándose lo que iba á suceder; acariciaban á los cándidos animales que á todos llamaban la atencion, porque como decia Manolillo, no les faltaba mas que decir: *te quiero mas que á mi vida.*

—Pero, vamos, ¿y qué? dijo Miguel con cariñoso afecto.

—Que yo, como no soy tonto, pensé y dije..... cuánto va á que son.....

Al llegar aquí el pastor, no pudo continuar, corrió á los piés de las dos amigas, y besando sus manos con frenética adoracion, exclamó suspirando:

—Sí, señores, estos dos ángeles eran, que todas las tardes van á arreglar la habitacion del pobre viejo.

El anciano labrador se levantó llorando como un niño, y ni aun las gracias pudo articular, y con trémulo paso se dirigió hácia donde estaban los dos ángeles de consuelo.

Ellas corrieron á encontrarle, y besando aquellas manos, decian conmovidas:

—Es Dios quien lo hace, es Dios quien.....

¡Qué cuadro tan conmovedor aquel! Era la significacion genuina de la caridad, no de esa mentira que toma ese nom-

bre con hipocrita dulzura, y cuyos actos se pregonan en alta voz por los mismos que la practican.

—¡Qué cielo tan sereno aquel, que ambiente tan puro!.....

Dofia Adriana y don Romualdo bajaron de sus habitaciones, porque extrañaban que fuese tan prolongado el silencio en aquel círculo de alegres muchachas, y de jóvenes desocosos de que llegara el domingo para divertirse bailando y cantando uñas, jugando á la pelota ó á la barra otros.

Lo primero que echaron de menos don Romualdo y dofia Adriana, fué la presencia de su hija y de Rosalía, porque se hallaban confundidas entre aquel grupo que les rodeaba. ¿Qué habrá sucedido? fué lo primero que pensaron temiendo por la salud de Clementina, que parecia próxima á la muerte como la flor arrancada por el vendabal. Cuando se enteraron de lo ocurrido por la buena Tecla, los padres de la cándida criatura creyeron ser los mas venturosos de la tierra, y estrecharon en su corazon á aquellas virtuosas criaturas.

—¡Hijas, hijas de mi alma! exclamó la madre besando á las dos.

El tio Toni iba á caer de rodillas á los piés de don Romualdo, cuando éste le tendió los brazos para que en ellos recibiera el premio de su honradez.

Miguel y Manolillo no podian decir lo que sentian.

Aquella tarde terminó con fiesta y jolgorio. Tecla ensanchó el círculo de los que se hallaban sentados delante de la puerta, y recordando los dias de su juventud, arregló un baile de lo mejor que se habia visto en el contorno hacia muchos años.

En el pequeño y delicioso valle resonaron las tiernas canciones de los aldeanos, y el cielo mas puro y mas sereno pareció tan alegre á Tecla como lo estaba su corazon. Todos

tenían la mirada fija en la pobre Clementina, cuya palidez contrastaba con los sonrosados colores del sol poniente.

Cuando terminó la fiesta, don Romualdo acompañó al tío Toni hasta la cueva, y Clementina y Rosalía no quisieron dejarlos ir solos. Entraron en la cueva, mientras Manolillo conducía sus ovejas al redil y Miguel y Tecla se hacían cruces de todo lo que ocurría.

La noche cerró, y los huéspedes de la cueva no salieron. Tecla esperaba con ansiedad, y el bueno de Miguel, con la ligereza que le permitían sus años, se encaramó por aquellos cerros, mientras su mujer rogaba á Dios que no ocurriese ninguna desgracia.

CAPITULO VII.

LA CUEVA.

En el interior de la cueva se observaba el mayor asco en medio de la pobreza. El alma sentía profundo respeto al entrar en aquella rústica morada. Y era que comprendía tal vez que el apego del venerable anciano á aquel albergue, nacía de que la tierra esperaba ya su cuerpo, y el espíritu, alejado del mundo bullicioso, buscaba la vida contemplativa para volver al seno del Eterno.

—Una vez que la casualidad ó mi suerte nos tienen reunidos, voy á contar á ustedes una breve historia que les podrá explicar el por qué deseo yo vivir aquí mucho tiempo, hasta que Dios sea servido que la muerte acabe mis días.

Sentáronse todos. La enferma y su amiga sobre una arca pequeña, don Romualdo en una silla baja sin respaldo, y el tío Toni sobre una cama, que no levantaba un palmo del suelo. Encendió este último una lamparilla que tenía colgada en la pared, y á los reflejos de su luz, triste y pálida, veíase